

LA AMÉRICA DE OBAMA

LLUÍS BASSETS

Las elecciones del 4-N

La peor presidencia de la historia de Estados Unidos, según opinión mayoritaria de los historiadores, con el titular de la más alta magistratura peor valorado desde que existen sondeos de opinión, culminó el 4 de noviembre de 2008 con la elección del demócrata Barack Hussein Obama como sucesor de Bush, en unas votaciones celebradas en una atmósfera de cambio de época. Analizado en la distancia el resultado de esta elección llegará a parecer una obviedad, tan claras y óptimas eran las condiciones para que se produjera un cambio de color político en el vértice del ejecutivo. Era muy difícil imaginar que, tras el desgaste de ocho años de una presidencia republicana tan desastrosa, los electores norteamericanos dieran su confianza de nuevo a un candidato del mismo partido, haciendo abstracción del balance de los últimos ocho años de presidencia y aceptando la idea bastante peregrina de que el *maverick* (o jugador por su cuenta) republicano John McCain representaría una ruptura con la etapa anterior, con sus vicios y sus lacras, y que bastaba con cambiar el nombre del presidente para que pudiera aceptarse una presidencia del mismo color político.

Entre los propios republicanos se había extendido la idea de que Bush había arruinado irremisiblemente su programa y su ideario, y que sería muy difícil remontar en 2008. Según Dov S. Zakheim (*Washington Post*, 9 noviembre 2008), ex consejero y ex subsecretario de Defensa de Bush, había cinco principios en los que se basaba la victoria de Bush en 2000 que fueron vulnerados por su propia Administración, con el resultado de que ocho años después era inevitable que su propio electorado le pasara factura, ya fuera desertando al otro campo, ya absteniéndose. Según este sorprendido comentarista,

éstos son los principios traicionados, que Bush había aplicado cuando era gobernador de Tejas: el conservadurismo compasivo, la modestia en las relaciones internacionales, el gobierno limitado con menos impuestos y menos burocracia, la modernización y desburocratización de la defensa, y la concertación bipartidista de las principales políticas. Parte del republicanismo se ha visto así impelido a desertar ante la ristra de desvaríos que contradicen los valores defendidos en aquella campaña: la extensión de la pobreza y el desempleo, incluso entre las clases medias, notablemente por los defectos de un sistema de salud privatizado; dos guerras abiertas, una preventiva en Irak y otra mal librada en Afganistán, junto a los desperfectos producidos en las relaciones internacionales; el déficit público, que alcanzará pronto la cifra dramática del billón de dólares; la intervención creciente del Gobierno en todos los ámbitos de la privacidad y de las libertades individuales, con la excusa de la política antiterrorista; o los numerosos casos de corrupción entre parlamentarios republicanos.

Y sin embargo, hasta el último momento se mantuvo un cierto margen de incredulidad respecto a la posibilidad de que un candidato de la minoría afroamericana alcanzara la presidencia de un país fundado como esclavista, refundado en un guerra civil que se libró alrededor del abolicionismo, y consolidado como superpotencia mundial mientras un gran número de sus Estados mantenían legislaciones segregacionistas. La cita electoral de 2008 se jugó, así, sobre dos tableros de resonancias históricas: el de la igualdad de derechos civiles, alcanzada legalmente en 1964 con la ley contra la segregación y la discriminación (Civil Rights Act, firmada por el presidente Lyndon B. Johnson) pero sin traducción automática en la realidad social y económica; y el del relevo del re-

publicanismo con la clausura de la era conservadora iniciada por Ronald Reagan. Previamente las primarias demócratas habían permitido al electorado de este color ideológico optar entre la raza y el género a la hora de apostar por una candidatura presidencial que situara en primer plano la cuestión de la igualdad.

Hillary Clinton no era un personaje cualquiera, sino la mujer mejor preparada de toda la clase política para alcanzar la nominación demócrata y la presidencia; y se hallaba asistida por un político de gran perspicacia, enorme poder de convicción y extraordinaria capacidad para recaudar fondos electorales como es su marido; aunque contaba, es cierto, con el hándicap de su carácter divisivo, ciertos hábitos de gestión desordenada y el argumento dinástico en contra: con otro Clinton en la Casa Blanca los Estados Unidos hubieran alcanzado un período como mínimo de 24 años con sólo dos apellidos (bushes y clintones) turnándose en la cumbre de su ejecutivo. Sólo las mujeres más jóvenes no cerraron filas detrás de Clinton, que contaba con el apoyo del feminismo en peso y con un fuerte ascendiente entre la clase obrera blanca y el electorado tradicional demócrata; y eso una vez establecido que Obama iba a llevarse el grueso del voto afroamericano, a pesar del ascendiente sobre esta minoría de Bill Clinton, al que se le ha considerado como el primer presidente negro de la historia.

Obama representaba el relevo generacional y el cambio político, tanto respecto al Washington de los Bush como a la división y a la guerra civil cultural en la que los Clinton y los liberales (los progres en lenguaje europeo) se han visto enfrentados con los neocons y la derecha cristiana. La incorporación de jóvenes, sobre todo estudiantes de los campus universitarios, y un uso intensivo e inteligente de las nuevas tecnologías, tanto en la recauda-



ción de fondos como en la organización de la campaña, imprimió un carácter muy innovador a su candidatura, apoyada además por la personalidad y el temperamento del personaje, y por su fascinante oratoria, trabajada en el aula pero amoldada en las prédicas de las iglesias evangelistas negras y en el trabajo comunitario en los barrios pobres de Chicago.

En cabeza durante la campaña

La duración de la campaña, 21 meses en el caso de Obama; el adelanto unas semanas de las primarias, hasta situar las iniciales en Iowa el 3 de enero, con el resultado de una prolongación del calendario; y la intensidad de la competencia dentro del campo demócrata, también contribuyeron a engrandecer las figuras de los dos contendientes del mismo partido, una vez descartados todos los otros y principalmente John Edwards. Para Obama, las primarias significaron además una purga general de todos los temas conflictivos que podían afectarle, que fueron aireados antes de entrar en liza con McCain y lle-

garon por tanto al tramo final con escasa fuerza. Así sucedió con sus relaciones en Chicago con Tony Retzko, un especulador urbano ahora encarcelado, y con Jeremiah Wright, el pastor negro radical que fue su mentor espiritual.

Una vez elegidos los dos candidatos en sus respectivas primarias, Obama se situó enseguida en cabeza en los sondeos electorales. McCain consiguió llevarse la nominación republicana más por defecto –frente a un coloreado plantel de oportunistas, ultra conservadores y extremistas religiosos– que por su capacidad de articular una propuesta interesante, capaz de soldar de nuevo la coalición republicana que llevó al poder a George Bush o encontrar una fórmula alternativa. Hasta la Convención Republicana, en los primeros días de septiembre, su campaña había sido mortecina, sin gran asistencia de público a sus actos, escasas apariciones en medios y mediocres resultados en la recaudación de fondos. Pero en julio cambió la dirección de la campaña, poniéndola en manos de un grupo de asesores sali-

dos de la cuadra de Karl Rove, que imprimieron un tono mucho más agresivo y polémico, iniciaron una amplia ofensiva de publicidad negativa contra Obama y prepararon la nominación de la gobernadora de Alaska, Sarah Palin –pentecostalista, antiecologista, antiabortista, defensora de las armas y de la caza salvaje y totalmente ignorante en política internacional– como candidata a la vicepresidencia.

El único momento en que McCain consiguió adelantar a Obama en algunos sondeos electorales fueron los apenas doce días que transcurrieron entre el discurso de aceptación de Palin ante la Convención Republicana en Saint-Paul (Minnesota) y la quiebra de Lehman Brothers el 15 de septiembre. Todo el resto de la campaña Obama mantuvo una sensible ventaja en el pronóstico de voto, que en el caso de algunos sondeos llegó hasta afinar exactamente los seis puntos (52 a 46) que arrojaron las urnas, como fue el caso de Rasmussen Report. Como acotación al margen, los sondeos han funcionado esta vez de forma fiable, a diferencia de lo que

sucedió en las dos anteriores campañas, debido a que entonces se jugaron en votaciones con márgenes muy cerrados a la vez en varios *swing states* (Estados donde el resultado es oscilante entre republicanos y demócratas).

Las últimas esperanzas del equipo de McCain radicaban menos en las fortalezas de su candidato y de su campaña que en las debilidades que pudieran surgir en el campo contrario. Una vez Obama tuvo garantizada la mayoría de sus delegados en las primarias, el campo de McCain se lanzó a promover la rebelión de la senadora Clinton y de sus partidarios. Cuando se produjo el nombramiento de Sarah Palin quisieron confiar en que una mujer republicana tiraría del voto demócrata femenino, sobre todo maduro, descontento con la elección de Obama y todavía más con la de Joseph Biden como candidato a la vicepresidencia en vez de Hillary Clinton. En el último mes de campaña la campaña de McCain jugó a suscitar recelos hacia Obama, sobre todo fiscales, pero también raciales, entre la clase obrera blanca de los viejos Estados industriales, que había sido un granero para Clinton y tenía fuertes simpatías por Hillary.

Finalmente, ante el fracaso de todas las estrategias, McCain quedó esperando pasivamente la llamada *sorpresa de octubre*, expresión por la que se conoce a todo tipo de acontecimiento inesperado, sobre todo en política internacional, que suele significar un revés para Estados Unidos, por más que pueda favorecer a determinada opción política. Pero la sorpresa no llegó, o no llegó para los republicanos; al contrario: la quiebra de Lehman Brothers y el hundimiento de la banca financiera de Wall Street, símbolo del capitalismo más desregulado, fue la auténtica sorpresa de final de campaña, aunque se produjo en septiembre, y terminó de dar la puntilla a la campaña de McCain y al revulsivo lanzando por la llegada de Palin.

Parte del efecto letal de la crisis sobre McCain se debió al propio candidato republicano, que no supo reaccionar con acierto alguno a las pésimas noticias empresariales y bursátiles que interferían en la campaña. McCain minimizó primero la profundidad de la crisis, subrayando la solidez de los fundamentos de la economía norteamericana; luego intentó suspender la campaña para dedicarse a resolver la crisis en Washington; y finalmente evidenció su incapacidad para distanciarse de la vulgata de ideas reaganistas que el hundimiento de Wall Street estaba poniendo en evidencia. McCain no tuvo

fuerzas para dar la vuelta a la correlación de fuerzas negativa. Aunque los tres debates televisivos en directo le fueron bien, no consiguió romper en ninguno de ellos la imagen presidencial y el aplomo del joven senador por Illinois. Y fue definitivamente letal para su candidatura la crisis económica, que sumó el desprestigio de los republicanos que habían gestionado la economía al desprestigio generalizado de la gestión de Bush. Se llegó así al 4 de noviembre con todo muy claro y jugado: el balance republicano, el shock de la crisis, la mediocre y voluble campaña de McCain y la excelente campaña de Obama como fundamentos del cambio.

La cuestión al final se centraba en conocer el margen de la victoria y del mandato. Había una gradación de tres posibilidades, de menos a más, y Obama se ha quedado en la mitad en su franja superior. No ha sido una victoria ajustada como la de Bush en 2004; o sólo en delegados como la de 2000, cuando ni siquiera alcanzó la mayoría de votos populares. Hay que tener en cuenta que con tan escaso mandato Bush se aventuró, gracias al 11-S, a una presidencia transformadora, que pretendía remodelar las bases incluso constitucionales de la república. Obama ha tenido una victoria muy holgada, en votos y todavía más en delegados. Pero no ha habido un corrimiento espectacular en votos populares, aunque sí en delegados. Y no se ha obtenido la 'supermayoría' de 60 escaños en el Senado que impide el filibusterismo u obstruccionismo de la oposición, aunque no se descarta que finalmente, tras la resolución de algunos recuentos abiertos, pueda alcanzarse.

Barack Obama ha obtenido la mayor cifra de sufragios de la historia de Estados Unidos, 66'1 millones de votos, casi cuatro millones y 2'1 por ciento de voto popular más que Bush en 2004. El número total de votantes fue de 128'5 millones, seis millones y medio más que en 2004 y 23'5 más que en 2000. Nunca anteriormente habían acudido tantos electores a las urnas. Se incrementó notablemente, en cifras difíciles de precisar ahora, el registro de votantes, en gran parte como fruto de la campaña electoral; y descendió porcentualmente la participación, que se situó en el 64'1 por ciento, aunque no en términos absolutos.

Una jornada compleja

La jornada del 4 de noviembre fue electoralmente muy compleja. Además de los 538 delegados para la elección presidencial, se elegían ocho gobernadores, la en-

tera Cámara de representantes, un tercio del Senado, y se renovaban también las cámaras bajas y un tercio de los escaños senatoriales de los 51 Estados. La generalidad de los resultados favorecieron a los demócratas, que consiguieron un gobernador más de los que tenían hasta llegar a 29 frente a los 21 republicanos y la mayoría en ambas cámaras en 27 Estados frente a 14 donde la doble mayoría es de los republicanos, lo que les da el control simultáneo de ejecutivo y legislativo en 17 Estados (tres más) frente a 10 los republicanos (dos menos).

Karl Rove, el artífice de la victoria de Bush en 2000 y 2004, ha querido minimizar la amplitud de la victoria demócrata, a pesar de la notable diferencia entre los resultados obtenidos por uno y otro en 2004 y 2008 respectivamente ("History Favors Republicans in 2010". *The Wall Street Journal*, 13 de noviembre de 2008). Además de una ancha horquilla en número de votos y puntos porcentuales, la diferencia en delegados para la elección presidencial es todavía mayor: Obama ha obtenido 365 (95 más que los 270 necesarios), mientras que Bush obtuvo 286 (16 más de los necesarios). Según 'el mago' Rove "la victoria de Obama puede haber sido más personal que partidaria o filosófica".

Muchos comentaristas conservadores han insistido en los días posteriores a la elección en que no se ha producido cambio ideológico alguno en Estados Unidos, un país que sigue siendo de centro derecha o conservador. Rove aporta como argumento el detalle de los resultados de las elecciones en su nivel estatal y su comparación con la victoria de Reagan en 1980: los demócratas han conseguido diez escaños más de los 1.971 en juego en los senados estatales y 94 en las cámaras de representantes de los 5.411 sometidos a elección; mientras que con la elección de Reagan, los republicanos obtuvieron 112 senadores sobre 1.981, diez veces más que con Obama, y 190 congresistas locales sobre 5.501, el doble.

También hubo consultas populares en 36 Estados sobre 153 medidas, de muy diverso tipo, desde legislación electoral hasta costumbres, pasando por fiscalidad. La cuestión que mayor atención ha suscitado ha sido la prohibición del matrimonio entre personas del mismo sexo en tres Estados, California, Arizona y Florida, de forma que ya son 30 los Estados que han ilegalizado este tipo de uniones. El caso más polémico es el de California, donde el matrimonio gay ha sido legal durante

seis meses, ha recibido el aval de su Corte Suprema y han sido extendidas 18.000 licencias matrimoniales, que no serán invalidadas según el fiscal del Estado. Tres nuevas demandas ante el Tribunal Supremo californiano han sido ya presentadas reclamando la invalidez del referéndum

El referéndum californiano ha desencadenado una amplia movilización del movimiento de gays y lesbianas, así como una cierta controversia sobre los votantes demócratas. Los analistas venían considerando durante la campaña que cuanto mayor fuera la movilización de negros e hispanos a favor de Obama más probable sería el rechazo del matrimonio homosexual. El resultado global de la jornada no permite, sin embargo, entender que los votantes se hayan decantado en las consultas por medidas conservadoras y hayan hecho lo contrario a la hora de elegir al presidente, a los gobernadores y legisladores. Entre las 153 medidas sometidas a consulta hay para todos los gustos ideológicos, aunque la mayoría tienen un contenido fuertemente polémico y polarizador. El Estado de Washington reconoció el derecho al suicidio asistido, sumándose así a Oregón, que ya lo había hecho anteriormente. Massachussets y Michigan despenalizaron la posesión y uso de marihuana. Este último Estado levantó la prohibición de investigar con células madre.

Mapa electoral

El mapa electoral experimenta, en todo caso, una notable ampliación de la mancha azul demócrata obtenida por Kerry en 2004: Obama incorpora nueve Estados a la cuenta de delegados demócratas en re-

lación a la anterior elección y no pierde ninguno. Obtiene 365 delegados frente a los 173 de McCain. Bush obtuvo en 2004 un total de 286, 16 más de los necesarios para la mayoría, y 271, uno más, en 2000; de forma que la victoria de Obama en cuanto a número de delegados se sitúa en niveles parecidos a las de Clinton (370 en 1992 y 379 en 1996) pero lejos de las mayorías abrumadoras de Reagan (489 en 1980 y 525 en 1984).

Es interesante analizar estos cambios desde el punto de vista de las grandes regiones informales de la geografía americana. El *Rust Belt* o Cinturón de la Herrumbre, por ejemplo, formado por los Estados de la vasta región industrial entre los Grandes Lagos y la costa nordeste, con la salvedad de Virginia Occidental queda para el Partido Demócrata. El *Sun Belt* o cinturón del sol, todo entero de Bush en 2004, a excepción de California, sitúa dos Estados como Nuevo México y Florida en el mapa azul demócrata. En la región de los *Mountain States* o también *Mountain West*, dos Estados más pasan de rojo a azul: Nevada y Colorado. El Partido Republicano, por su parte, pierde dos Estados en el *Bible Belt*, o cinturón bíblico, donde hay la más alta concentración de evangelistas sureños y cristianos renacidos, como son Virginia y Carolina del Norte, algo que en este último caso no había sucedido desde 1976.

Obama ha vencido sólo en 44 de los 410 condados del llamado cinturón de los Apalaches, que es una región en gran parte rural, de poblaciones aisladas, que se extiende desde más allá de Nueva York hasta el Mississippi, según relata Adam

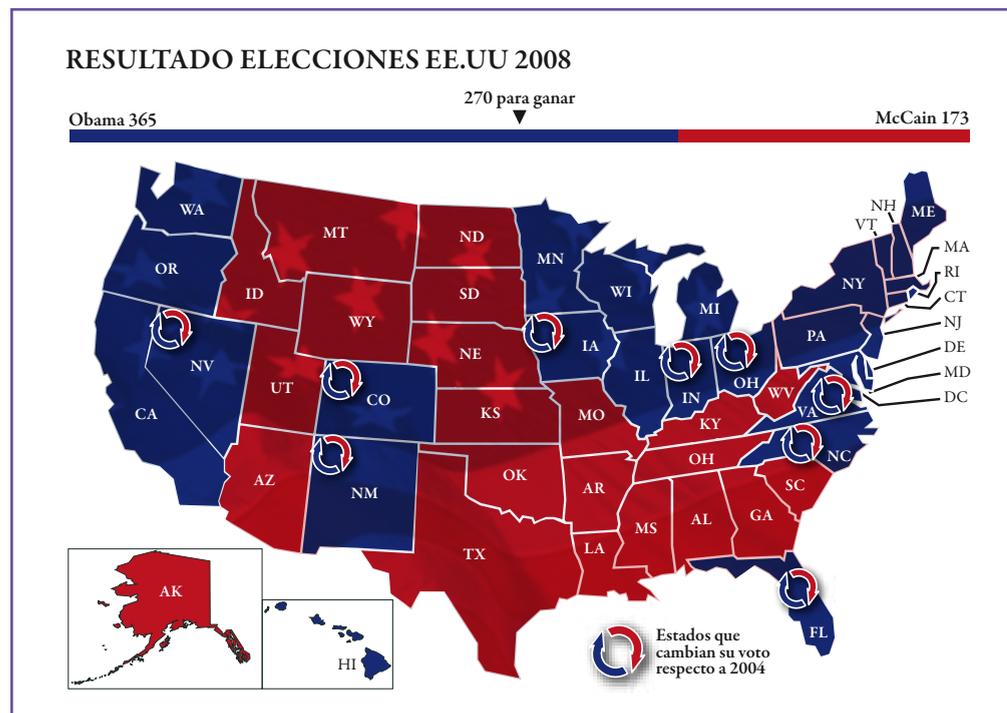
Nossiter (*New York Times*, 10 de noviembre de 2008). El periodista asegura que estas comarcas han sido menos expuestas a la diversidad, al éxito educativo y al progreso económico que el resto del país. Son muy representativas de la época republicana que ahora parece acabar. Y es, en todo caso, el final de la Estrategia Sudista que inició Richard Nixon y le dio la presidencia en 1968, la otra cara de la legislación que abolió la legislación segregacionista en los Estados sureños.

Parte de esta Estrategia Sudista explica que Obama sea el primer presidente demócrata desde John Kennedy que sale del norte del país. Todos los otros eran políticos sureños (Carter de Georgia y Clinton de Arkansas), que conseguían sus mayorías comprometiendo a los votantes de esta zona del electorado situada en el nudo estratégico de la mayoría desde el final de las legislaciones estatales segregacionistas. Las elecciones han dado desde entonces una especie de recompensa al electorado de los antiguos Estados segregacionistas, que han contado con una mayor influencia en la política americana y en consecuencia en la política mundial

Los Estados sudistas de Bush que se pasan a Obama o se acercan peligrosamente lo hacen por varios factores cruzados. Uno es el cambio demográfico, en dos direcciones: el aumento de la diversidad de su población, sobre todo con la incorporación de hispanos, y la incorporación de las nuevas generaciones a la política. Y el otro es el desgaste neoconservador, que conduce a una mayor inhibición de su electorado e incluso a la defección de los electores jóvenes.

Es muy significativo que las rentas conservadoras del final de la segregación racial en el sur terminen justo ahora con la llegada de un afroamericano a la Casa Blanca. En este período el Sur Profundo ha ido tomando un protagonismo creciente en el Partido Republicano, hasta convertirse con Bush en el corazón del corazón conservador. Aún siendo gobernadora de Alaska, la nominación de Sarah Palin es quizás el último avatar de esta estrategia y a la vez la encarnación de su fracaso. Con la elección de Obama, en cambio, esta América reaccionaria que ha hecho valer sus ideas y valores durante los últimos cuarenta años queda fuera del *main stream* y de la Casa Blanca.

Tiene también interés reseñar lo ocurrido en Iowa, Estado del Medio Oeste mayoritariamente blanco, que dio sus delegados a Bush en 2004 y donde Obama ha desarrollado una campaña muy intensa



y cuidadosa. Allí fue donde el candidato demócrata demostró que era elegible por parte del electorado blanco y lo hizo en unas elecciones organizadas en *caucuses* o asambleas locales, especialmente adaptadas a la campaña militante y juvenil de Obama. Su victoria el 3 de enero en las primarias sobre Hillary Clinton fue el alabonazo, especialmente convincente para el electorado afroamericano, que le permitió situarse directamente en cabeza en número de delegados a la Convención Demócrata, posición que prácticamente no cambió a lo largo de los siguientes seis meses de primarias.

Detengámanos también en observar lo sucedido en Pennsylvania, Estado al que McCain y Palin dedicaron ímprobos esfuerzos con la esperanza de robárselo a los demócratas. Allí ganó Clinton en las primarias, lo que permitía a McCain jugar con el populismo obrerista para evitar que la clase obrera blanca votara a Obama. Es significativo que el vicepresidente Joe Biden sea originario de una localidad de este Estado y tenga muy buen predicamento con los sindicatos y la clase obrera tradicional, algo que jugó sin duda como uno de los factores a la hora de seleccionarlo. El otro factor probablemente es su competencia en temas internacionales, como presidente hasta ahora del comité de relaciones exteriores del Senado.

En New Hampshire, donde también ganó Clinton, McCain llegó a albergar alguna esperanza de convertir el Estado en la pieza clave para vencer a Obama. Fue especialmente interesante observar en el último tramo de la campaña cómo el demócrata jugaba fuerte en los *swing states* donde su posición era más débil, mientras que McCain intentaba quitarle los que se estaban decantando o votaron demócrata en la última elección.

Pepe el Fontanero

Otro Estado crucial en esta elección era Ohio, donde ganó Bush en sus dos elecciones; y en la segunda de ellas, en 2004, también con numerosas irregularidades que condujeron a nuevos recuentos y revisiones de mesas electorales. De Ohio salió *Joe the Plumber* (Pepe el Fontanero), el personaje emblemático escogido por los republicanos para intentar responder a los demócratas en sus propuestas de fiscalidad. Joe es sobre el papel un empleado por cuenta ajena que quiere comprar la empresa donde trabaja y teme el incremento de impuestos a las empresas que preparan los demócratas. Es un transunto de otro estereotipo popular, *Joe Sixpacks*, el obrero be-

bedor de cerveza (paquete de seis botellas) que se contrapone a los intelectuales y burgueses bebedores de vino blanco. Esta misma contraposición se produjo en la campaña demócrata entre Hillary Clinton, amiga de los bebedores de cerveza, y Obama, más cercano a los bebedores de vino. Lo más interesante desde el punto de vista ideológico es que al final la derecha adoptó rasgos de populismo obrerista muy acusados frente al elitismo de la izquierda.

Dentro del voto blanco, destaca el caso de los trabajadores de los suburbios industriales, sobre todo del Este y de los Grandes Lagos, que han conformado uno de los núcleos de la hegemonía conservadora en los últimos 30 años, seducidos por Ronald Reagan, agraviados por las políticas de discriminación positiva hacia las minorías y hostiles a la inmigración y a la globalización en la misma línea de la clase obrera europea que ha desplazado su voto hacia la extrema derecha populista

En el caso americano, esta versión norteamericana del lepenismo fue caracterizada hace 20 años por el sociólogo Stanley Greenberg en un estudio sobre el condado de Macomb, en la periferia suburbial de Detroit (Michigan). Sus electores, a los que denominó *demócratas de Reagan*, votaron por aquel presidente conservador en una proporción de dos a uno en 1984, que contrasta con su apoyo masivo a Kennedy y Johnson en los años 60. En esta ocasión se han comportado como la mayor parte del país y han dado un 53% a Obama y un 45% a McCain. Greenberg les ha dado por liquidados como categoría electoral a tener en cuenta en un artículo en *The New York Times* (“Good Bye, Reagan Democrats“ 11, nov., 2008).

Otro caso que requiere especial atención es el de Florida, Estado que dio la victoria en número delegados a Bush en 2000, tras no pocas irregularidades, y donde venció en 2004, a pesar de su fuerte tradición demócrata. Obama ha arrebatado el Estado a McCain y ha obtenido el 70% del voto hispánico no cubano, alcanzado el 35% del voto cubano, el mejor resultado obtenido por un candidato demócrata entre los exilados cubanos.

Generación Obama

Vista la distribución territorial del voto, veamos ahora como se distribuye en las distintas franjas y grupos de población, según los principales parámetros de edad, raza, nivel económico o habitat. McCain venció entre los votantes de más de 65 años (53% frente a 45% para Obama),

Cómo votaron los blancos			
	Obama %	McCain %	Incremento respecto a 2004
Total	43	55	+2
Hombres	41	57	+4
Mujeres	46	53	+2
18-29	54	44	+10
30-44	41	57	+4
45-64	42	56	+1
65+	40	58	-4
Postgrado	54	44	+4
Licenciaturas	42	56	+2
Estudios universitarios	40	58	+3
Bachillerato	40	58	+1
Este	52	47	+2
Medio Oeste	47	51	+4
Sur	31	67	+2
Oeste	48	50	+3
\$50.000	47	51	+1
\$50.000-100.000	42	56	+4
\$100.000+	43	55	+6
Urbano	51	47	+9
Residencial	42	56	0
Rural	38	60	+4

Fuente: *Pew Research Center*

Cómo se ha votado				
	Todos		Blancos	
	Obama %	McCain %	Obama %	McCain %
Total	53	46	43	55
Edad 18-29	66	31	54	44
Republicanos	15	84	11	88
Demócratas	95	4	92	7
Independientes	66	27	62	32
Hombres	62	34	52	45
Mujeres	69	29	56	42
Con estudios universitarios.	65	32	55	42
Sin estudios universitarios	66	29	50	48
Blanco	54	44		
Negro	95	1		
Hispano	76	19		
Edad 30+	50	48	41	57
Republicanos	8	90	41	57
Demócratas	88	11	83	16
Independientes	18	18	11	52
Hombres	47	51	39	59
Mujeres	52	46	44	54
Con estudios universitarios	49	49	42	56
Sin estudios universitarios	50	48	38	60
Blanco	41	57		
Negro	96	4		
Hispano	62	36		

Fuente: *Pew Research Center*

los blancos (55% a 43%), los ciudadanos de rentas medias (entre 50.000 y 200.000 dólares) y los habitantes de zonas rurales (53% a 45%). En todos los otros grupos étnicos, edad y habitat venció Obama. En las zonas rurales y entre los mayores de 65 años McCain amplió incluso la última victoria de Bush, que en el caso de estos últimos le dieron un margen más estrecho de 52% a 47%. Fácilmente se puede identificar a McCain con la América del siglo xx y a Obama con la del xxi, ya no tan sólo por su edad y personalidad, sino también por las características de sus electores e incluso por su implantación en regiones económicamente en declive o emergentes.

Si es relevante el comportamiento de los mayores de 65 años a favor de McCain más lo es todavía el de los menores de 30 a favor de Obama, que le han votado en una proporción del 66 por ciento. El Pew Research Center venía detectando desde las presidenciales de 2004 un cambio de actitud generacional, que se confirmó en las elecciones de mitad de mandato de 2006 y se ha consolidado de forma muy decisiva en estas elecciones. La propia afiliación de los jóvenes a los dos grandes partidos ha evolucionado en el mismo sentido, desde la práctica paridad en 2000 (36 % demócrata, 35% republicano) hasta una diferencia de 19 puntos porcentuales en 2006: 45% están inscritos como

demócratas y el 26% lo están como republicanos.

Un análisis más detallado permite observar que la decantación generacional a favor de Obama es muy grande entre los jóvenes negros (95%) y muy importante entre los hispanos (76%), pero sigue siendo relevante entre los jóvenes blancos (54%, diez puntos por encima del voto a McCain). Entre estos últimos se revela decisivo el nivel educativo. Quienes tienen nivel universitario se decantan en una proporción del 55%, frente al 42% por McCain, mientras que quienes no la poseen llegan casi a la paridad (50% a 48%)

El voto de Dios

El magnetismo de Obama se ha percibido incluso entre los jóvenes votantes pertenecientes a familias de la derecha cristiana. Los votantes protestantes en general votaron por Obama en un 45%, cinco puntos más que a Kerry. Entre los cristianos renacidos y evangélicos o baptistas, sólo un 24% votó a Obama, tres puntos más que a Kerry, pero en el caso de los menores de 30 años el porcentaje llega al 32%, duplicando a Kerry (16%), algo que también sucede con la siguiente franja de edad, menos de 45 años y mayores de 30, que votan a Obama en un 23%, mientras que a Kerry sólo lo hicieron en un 12%. Hay todos los elementos para identificar una Generación Obama que, según el Pew Research Center, es más diversa en cuanto a identidad racial y étnica y más secular en cuanto a orientación religiosa que las anteriores generaciones políticamente identificadas.

Respecto al reparto del voto según la identificación religiosa, Obama venció entre los votantes católicos (54% frente a 45% McCain), siempre según las encuestas a pie de urna del Pew Research Center, mejorando el resultado de Kerry en siete puntos. Bush venció en 2004 entre estos votantes con un 52%. Destripando el voto católico se comprueba que si se trata de católicos blancos ganó McCain (con 52% frente a 47% para Obama), aunque el demócrata ganó ampliamente entre los católicos hispanos (72%). Obama obtuvo el 94% del voto protestante negro y el 67% de los hispanos protestantes y pertenecientes a otras confesiones cristianas. Y sólo obtuvo, en cambio, el 24% de los blancos evangélicos (frente al 74% para McCain).

Obama también ha mejorado el comportamiento de los demócratas entre otras minorías religiosas, como los judíos americanos. Entre estos últimos, tradicionalmente demócratas, ha mejorado en rela-

ción a Kerry en tres puntos, de 74% a 77%, aunque ha bajado en relación a Al Gore, que obtuvo el 79% en 2000, según el diario israelí *Haaretz*. Los expertos consideran que las modificaciones del comportamiento electoral según adscripción religiosa no corresponden a un cambio substancial. Lo revelan las cifras más generales sobre comportamiento religioso. Entre quienes asistente semanalmente a los servicios religiosos McCain ha ganado por un 55% frente a 43% para Obama, algo por debajo de Bush, que obtuvo un 61% en 2004 frente al 39% de Kerry. Entre los ciudadanos que no se identifican por su adscripción religiosa Obama ha vencido ampliamente (75% a 23%) y ha aumentado ocho puntos respecto a Kerry en 2004.

Voto multiétnico

Respecto a la identidad étnica, lo relevante de la victoria de Obama es que se debe al voto masivo de la minoría afroamericana y a su fuerte penetración en todas las otras minorías, especialmente la hispana, de peso creciente en el conjunto de Estados Unidos, pero especialmente en algunos Estados. El análisis del voto blanco merece una consideración específica, pues Obama vence sólo entre los menores de 30 años (54% a 44%), los poseedores de título de postgrado (54% a 44%), los habitantes de los Estados del Este (52% a 47%) y los habitantes de las ciudades (51% a 47%), pero pierde en cifras globales (41% a 57%). La identificación de McCain con la América *wasp* (*white, anglosaxon and protestant*) tiene un traslado casi directo en el comportamiento electoral y tuvo ya un correlato previo en la muy escasa representación de las minorías en la Convención republicana.

El voto negro no ofrece muchas dudas. Obama obtuvo el 95% de los votos, 3'3 millones más que John Kerry, de los que 2'9 millones era jóvenes negros que no quisieron votar a este último en 2004. Una cuarta parte del incremento de voto negro viene de votantes republicanos de 2004. La disciplina electoral afroamericana ha sido relevante en algunos Estados del antiguo sur segregacionista, como Carolina del Norte y Virginia, donde el alto nivel de inscripción electoral y de participación ha permitido arrebatarlos a los republicanos.

La alta participación electoral y el comportamiento en las urnas de los hispanos han sido factores cruciales, quizás el segundo argumento explicativo para la victoria después del voto joven. Obama obtuvo

Ventaja general de Obama			
	Obama %	McCain %	Incremento respecto a 2004
Total	52	46	+4
Blancos	43	55	+2
Negros	95	2	+7
Hispanos	66	32	+13
18-29	66	32	+12
30-44	52	46	+0
45-64	29	49	+2
65+	25	53	-2
Por debajo de \$50.000	60	38	+5
\$50.000-99.999	49	49	+5
\$100.000+	49	50	+8
Republicanos	9	89	+3
Demócratas	89	10	0
Independientes	52	44	+3
Conservadores	20	78	+5
Moderados	60	39	+6
Liberales	88	10	+3
Urbano	63	35	+9
Residencial	50	48	+3
Rural	25	53	+3

Fuente: *Pew Research Center*

el 67% de sus votos, 23 puntos más que Bush, vencedor entre esta franja de población en 2004. McCain sólo ha obtenido el 32%, un 12% menos que Bush en 2004. Obama llevó a las urnas a 2'5 millones hispanos más que Kerry, un tercio de los cuales votaron a Bush en 2004.

Esta caída del voto republicano entre los hispanos es especialmente amarga para la coalición conservadora, que había considerado a este sector de población muy próximo a los valores de la derecha religiosa republicana, y es además muy preocupante para el futuro por el auge demográfico que está experimentando esta minoría. Obama obtuvo la victoria en Estados del interior, donde Bush venció en 2004 gracias entre otras cosas al factor hispano. Este es el caso de Nevada, Colorado, Nuevo México y Florida. En la victoria de Obama en Estados como Virginia, Carolina del Norte e Indiana, donde no pudo ganar Kerry en 2004, cuenta también el factor hispano. Incluso en Arizona y Texas el incremento es tan importante que permite pronosticar una victoria demócrata en 2012 si no hay cambios sustanciales de tendencia.

Bush había manejado muy bien el voto hispano en sus elecciones gracias principalmente a su posición de apertura ante la inmigración. Aunque McCain apoyó a Bush en su intento de aprobar una ley de inmigración más permisiva, los republicanos se han convertido en el partido de los enemigos de inmigración, por lo que no son de extrañar los resultados adversos obtenidos. La sobrerepresentación de los hispanos en las fuerzas armadas es un segundo factor explicativo respecto a los recelos que suscita el republicanismo entre este segmento de población: es la más afectada por las muertes y los heridos de la guerra de Irak.

El comportamiento del voto hispano desmiente que fuera un voto cautivo de los Clinton y la supuesta dificultad de los hispanos para votar a un candidato afroamericano. Permite aventurar que su futuro comportamiento será un factor clave en la consolidación de la hegemonía demócrata, aunque dependerá sobre todo de la salida de la crisis económica y de las políticas sobre inmigración que realice el futuro gobierno.

También es muy significativa la fragmentación del voto por rentas, que da la victoria de Obama entre las más bajas (menos de 50.000 dólares al año) por un amplio 60% y las más altas (más de 200.000 dólares) que le votan en un 52% de casos frente al 46% a McCain. Se co-

rresponde con el cuadro general de esta votación, en la que la América rural, de la tercera edad, cristiana renacida y conservadora pierde centralidad y da el relevo a una nueva América económicamente emergente, urbana, multiracial, nada fanática en sus expresiones religiosas y sobre todo joven y tecnológica.

Una campaña triunfal

La campaña de Obama ha sido casi perfecta, muy bien dirigida, mejor financiada, y sin cambios de rumbo ni de equipos, nulas filtraciones y con una permanente exhibición de autocontrol por parte del candidato. Pero ha podido sembrar sobre un terreno bien abonado, en el que ya se habían producido modificaciones sustanciales. El Pew Research Center ha detectado una caída en la identificación del electorado como republicano desde 2004 hasta ahora en cinco puntos. Tiene que ver, de una parte, con el cambio demográfico y generacional que ya hemos visto; pero de la otra, sin duda, con la enorme sensación de decepción con la gestión de Bush, que se extendió a todos los segmentos electorales y penetró en el republicanismo a partir de la catástrofe del Katrina en 2005, cuando la Administración hizo una auténtica exhibición de ineptitud e insensibilidad ante los sufrimientos y los problemas de la población afectada. Las elecciones de mitad de mandato de 2006, en las que el Partido Republicano se queda sin mayoría en las dos cámaras, corroboraron la idea de que estaba empezando un fuerte cambio de tendencia.

En el momento de la elección de Obama, un 39% del electorado se ha identificado como demócrata, frente a un 32% como republicano, situación abiertamente más favorable que la de Al Gore en 2000, (39 demócrata frente a 35 republicano) o Kerry en 2004 (empate a 37). El voto de quienes se identifican como independientes o *swing voters*, un 21% a finales de agosto según Gallup, es decisivo en toda elección y pesa de forma muy decisiva en la estrategia de campaña. En la de 2008 hay que tener en cuenta que mientras McCain se dedicó a emitir en una longitud de onda que renovara las seguridades del electorado más conservador, Obama desplazó su mensaje hacia el centro y hacia la moderación. El resultado es que Obama ha obtenido más votos de esta franja electoral (52%) que John Kerry en 2004 (49%).

La campaña de Obama ha introducido un elemento poco usual en la política

norteamericana, como son los grandes mítines masivos en los que se han reunido decenas de millares de jóvenes. McCain, como contraste, ha utilizado el formato de los *town-hall meeting*, en salas municipales y pabellones de deportes de los pueblos, para realizar reuniones con decenas o como máximo algún centenar de seguidores. Los primeros tienen mucho de espectáculo y los segundos, en cambio, se asemejan a una asamblea participativa, en la que siempre se pueden producir unas pocas preguntas del público al candidato. La celebración de la victoria electoral se expresó también en las calles de las principales ciudades, en forma de manifestaciones de alegría semejantes a las que acompañan a los éxitos deportivos. El profesor de origen árabe Fouad Ajami ha querido interpretar la reaparición de las masas en la campaña de Obama en términos de comportamientos cercanos al Tercer Mundo, donde los dirigentes políticos necesitan a las multitudes y hay una idolatría del líder (*The Wall Street Journal*, 30 octubre 2008).

El factor de movilización electoral ha sido fruto sin duda de la figura de Obama y de su pegada entre los jóvenes en general. La movilización republicana suscitada en septiembre después de la Convención, en cambio, fue el efecto bastante efímero de la nominación de Sarah Palin para la vicepresidencia y afectó a la militancia republicana, no a votantes nuevos o indecisos. La de Obama, además, viene de muy atrás, del propio lanzamiento de su candidatura, y ha ido creciendo regularmente desde entonces, atravesando las primarias, en una campaña a la vez muy profesional y muy militante que ha movilizó a más de diez millones de personas, cuyos nombres y direcciones se han incorporado a las listas del equipo que la ha dirigido.

El contacto directo con los electores ha sido una de las claves de la campaña. Las colectas a través de Internet, con aportaciones inferiores a 20 euros, han conseguido un efecto movilizador y unos niveles de recaudación equivalentes en su conjunto a todo lo que ha conseguido McCain, pero significan sólo la mitad de lo recaudado. El gasto global en la campaña ha llegado al récord de los mil millones de dólares (*one billion campaign*), de los que a grandes trazos dos terceras partes son de la campaña de Obama y el tercio restante, la mitad por tanto, de McCain. Obama tuvo el acierto de renunciar a la financiación pública, que ponía techo al coste de la campaña, para aprovechar el enorme impulso de las donaciones por Internet, aún

a costa de desmentir sus propias promesas de acogerse exclusivamente a la que le proporciona por ley el erario del Estado. La excusa formal fue poder superar las campañas de propaganda negativa organizadas por entidades ajenas al candidato que no contabilizan en las cuentas. Una campaña de este tipo fue demoledora y decisiva contra Kerry en 2004. La realidad es que este quiebro permitió al candidato demócrata desbordar a McCain en publicidad en todos los Estados (en algunos casos en una proporción de seis a uno), instalar oficinas en las zonas más hostiles para estimular el registro en el censo y la participación, y terminar la campaña con la compra de media hora de *prime time* en las grandes cadenas, incluida la conservadora Fox, para pasar un filme publicitario y enlazar en un directo con uno de los últimos mítines.

Según un sondeo poselectoral realizado por Democracy Corps. Carville and Greenberg, la campaña de Obama ha llegado a siete cada diez votantes, mientras que la de McCain sólo la han percibido 4 de cada diez. De cada cien votantes, 18 pudieron hablar con voluntarios de la campaña de Obama que acudieron a sus casas a pedirles el voto, mientras que sólo cinco tuvieron la oportunidad de escuchar a los de McCain. Por teléfono fueron 35 de cada cien los votantes que recibieron llamadas de la campaña de Obama, frente a 27 que lo hicieron de McCain. Y sólo en cuanto a propaganda impresa McCain se acerca a las cifras de Obama, pues son 38 sobre cien quienes dicen haber recibido de este último frente a 37% de su rival republicano.

Cuando nos referimos a las nuevas tecnologías, la diferencia es también notable. Catorce de cada 100 electores recibieron sms de Obama en sus teléfonos móviles frente a cinco de McCain. En cuanto a e mails, la diferencia es de 25% a 14%. Si se trata de portales de Internet, 29 de cada cien visitaron los de Obama y 14 de cada cien los de McCain. Finalmente, vieron spots electorales sobre el ordenador 29 de cada cien para Obama y 12 para McCain. Uno de ellos, producido por el cantante will.i.am, bajo el título de *Yes we can* y con participación de actores, cantantes y deportistas se convirtió en el fetiche comunicativo de la campaña y en un excepcional medio de propaganda electoral.

¿Realineamiento demócrata?

Los avances de Obama en las distintas franjas de edad, zonas geográficas y niveles de renta configuran al Partido Demó-

crata como el reflejo más fiel de lo que son Estados Unidos actualmente y sobre todo de lo que serán en el futuro. Lo prueban la diversidad racial y de origen de su electorado; el impacto sobre el electorado femenino, la juventud, las clases suburbanas y los votantes independientes; la inclusión a la vez de quienes poseen las rentas más bajas y las más altas; y la penetración demócrata en regiones que parecían asentadas en el voto republicano después del paso de Bush.

Los comentaristas conservadores han seguido insistiendo en el carácter coyuntural de estos resultados, fruto del pésimo balance de Bush y de la crisis financiera, y apuestan por una caracterización inmutable de Estados Unidos como nación conservadora, de centro-derecha. Pero la hipótesis contraria es la que ahora se abre paso y la que habrá que poner a prueba en futuras confrontaciones. A la vista de los resultados habrá que aceptar provisionalmente las dudas sobre la continuidad en las tendencias hasta ahora asentadas y no habrá que descartar, por tanto, que esta elección signifique un quiebro ideológico y la consolidación a medio plazo de una hegemonía de valores de centro izquierda.

Los politólogos norteamericanos han elaborado una teoría sobre el cambio de hegemonía de los dos grandes partidos, bajo el nombre de *realineamiento electoral*, cuya aplicación a esta elección es ahora objeto de debate. Se entiende que un realineamiento, fruto de una elección presidencial y de sus consecuencias en el cambio de composición de todas las instituciones, abre un largo período de hegemonía y se puede identificar prácticamente con una era política. Se acepta por lo demás comúnmente que ha habido tres grandes realineamientos en la historia americana. El primero se produjo con la victoria de Lincoln y la Guerra Civil, y la apertura de un período de 68 años, hasta 1928, en el que el Partido Republicano venció en 14 de las 18 elecciones presidenciales. El segundo se produjo en 1932 con la victoria de Roosevelt y la Gran Depresión y duró hasta 1964: durante esta etapa los demócratas vencieron en siete de las nueve elecciones presidenciales. El último se produjo con la victoria de Nixon y la guerra de Vietnam, se consolidó con Reagan y dio pie a ocho victorias presidenciales republicanas sobre 11 contiendas.

La actual coincidencia de una crisis que suscita analogías con la de 1929 y de una presidencia belicista como la Bush con dos guerras abiertas da pábulo a la vi-

gencia de la teoría del realineamiento. También corrobora esta hipótesis el agotamiento de los valores e ideas republicanos, la ruptura de la coalición en que se ha venido sustentando el republicanismo en la última etapa (republicanos pragmáticos de los negocios, derecha cristiana, halcones de la guerra fría y *demócratas de Reagan*) y la falta de líderes creíbles. Es cierto que el 4 de noviembre no ha habido un corrimiento espectacular hacia los demócratas pero los avances son muy sustanciales y relevantes.

En todo caso, Obama ha situado al Partido Demócrata muy cerca del realineamiento, aunque quizás un peldaño por debajo. No se puede descartar que se produzca, pero todavía no ha llegado a producirse: las próximas elecciones de mitad de mandato serán las que lo determinen; y dependerán en gran parte del primer balance de Obama. Son prematuros, por tanto, tanto el pronóstico sobre un realineamiento demócrata del mismo calibre que produjo Roosevelt en 1932 o Reagan en 1980 como la predicción en sentido opuesto, que es lo que hace Rove, resentido todavía por su fiasco de 2006, cuando creyó que podía conseguir precisamente un nuevo período de hegemonía republicana de la mano de Bush y obtuvo exactamente lo contrario. ■

Luís Bassets es autor de *La oca del señor Bush. Cómo los neocons han destruido el orden internacional desde la Casa Blanca*.